

TRADUCCIONES

AL-MUQTABIS DE IBN HAYYĀN

(Continuación)

Terminada esta tarea se lanzó el príncipe sobre el castillo de Kurayb b. °Uṭmān, y se apoderó de él, dejando allí un representante leal. Continuó en su avance hasta el castillo del Alcázar del Río; llamó a su presencia a °Uṭmān b. °Anīrūn, que residía en Niebla, y que se había proclamado a sí mismo gobernador de esa ciudad, título que le negó en el acto; le reemplazó por Muḥammad b. °Abd Allāh al-°Abdī, a quien dejó órdenes precisas de hostilizar y hacer guerra de guerrillas a los sevillanos. Le dió carta blanca sobre la región de esa provincia que él conquistara, poniéndole como límite las 15 millas que las separan del castillo del Alcázar. En cuanto a Ben °Amrūn, se le ordenó seguir todas las instrucciones que se le impartían, y para obtener así la ayuda del gobierno. Concluida la empresa en esa región, el príncipe volvió a Córdoba conduciendo consigo los prisioneros: Ibrāhīm b. Ḥayyāy, Jālid b. °Uṭmān b. Jaldūn, hermano de Kurayb, el traidor, y Maslama b. Muḥammad b. °Abd Al Malik de Sidona, y sus adictos, todos ellos cargados de cadenas. Una vez en Córdoba, los mandó el Emir °Abd Allāh a la cárcel. Por lo demás, la injusticia que su hijo cometiera con °Abd Al Mālik b. °Abd Allāh b. Umayya, le causó tanta indignación, que ordenó su arresto y luego su muerte. Seguidamente envió a Ben Jamīr a la zona del occidente a reemplazar a Muḥammad b. °Abd al Malik al-°Abdī, dándole órdenes terminantes de darle muerte. Ben Jamīr, luego que hubo capturado a Al °Abdī, le condujo a una aldea llamada Arnabsa (o Arambasa), que limitaba con Sevilla, y le dió muerte en la plaza pública. Cortó su cabeza y la envió a Córdoba, donde el Emir °Abd Allāh mandó arrojarla al río.

Entretanto el indomable Ben Ḥafṣūn adquiría mayor influencia y ascendiente sobre las provincias del Emir; entonces un ministro de éste le aconsejó que devolviese la libertad a los miembros de los clanes de

Banū Haýýāy, Banū Jaldūn y °Abd al-Malik, que tenía en su poder, diciéndole que su permanencia fuera de sus castillos aumentaba la probabilidad de un ataque exitoso por parte de Ben Hafṣūn ; que los prisioneros eran de todas maneras más débiles que el gobierno ; que tomándoles solemne juramento y librándoles de la prisión, pagarían su libertad con gratitud y serían en lo futuro grandes escollos en la empresa de Ben Hafṣūn, y aliados útiles del gobierno.

Siguió el Emir el consejo de su ministro, y libertó a todos los prisioneros después de haber prestado cada uno los juramentos exigidos, jurando cincuenta veces en la mezquita lealtad y obediencia al gobierno del Emir °Abd Allāh, en cuyo poder, no obstante, quedaron algunos rehenes. Mas, cuando los prisioneros regresaron a sus hogares, quebrantaron sus promesas, violaron sus juramentos, volvieron en forma más violenta que antes a una abierta desobediencia y atizaron el fuego de una mayor rebelión. Dejaron de pagar los impuestos, y luego se atrevieron a más, y empezaron a imponer gabelas y tributos sobre los pobladores, atrayendo a sus filas a la vil canalla, que sólo aguardaba una señal del más fuerte para inclinarse a su favor. Los dos caudillos se repartieron la provincia de Sevilla. Pero el Emir no podía permitir esta situación y recurrió a la política de dividir para gobernar, atizando el fuego de las intrigas entre ambos, tarea que tomó a su cargo su visir y secretario, °Abd Allāh b. Muḥammad b. Abū °Abda. No tardó Ibrāhīm en dar muerte a Kurayb y a su hermano Jālid, quedándose único dueño de Sevilla. Escribió al Emir °Abd Allāh justificando su conducta y diciéndole que no hubiera podido proceder de otra manera ; que, por otra parte, los dos Jaldūn eran los que incitaban a él y a los sevillanos a alzarse en armas y faltar a su juramentos ; que, personalmente, raras veces participaba de su modo de pensar, y que, si el Emir quería confiarle el gobierno de Sevilla, él sufragaría todos los gastos exigidos por el servicio público y le entregaría, además, siete mil denarios.

Aceptó el Emir la oferta, pero, al nombrarlo gobernador de Sevilla, envió a Qāsim b. Walīd al-Kalbī para que compartiera el gobierno. Qāsim permaneció varios meses, pero, no pudiendo continuar al lado de Ibrāhīm, renunció al cargo. El Emir lo destituyó y dejó a Ibrāhīm solo en el gobierno de Sevilla. Dueño ya de la situación, empezó Ibrāhīm a gobernar sin trabas. Se hizo rico, no perdonó el pago de los tributos, formó su consejo áulico y mantuvo su ejército, alcanzando poderío y esplendor sin límites. En este estado floreciente, quiso ir más allá de la cuenta : se atrevió a pedir al Emir que le devolviera a su hijo ; mas el monarca negóse a su petitorio. Entonces, para intimidar al Emir, volvió

a la desobediencia y le negó el tributo, proponiendo una alianza al perverso Ben Ḥafsūn (900).

La propuesta de Ibrāhīm agradó al jefe andaluz que de inmediato le ayudó con dinero y tropas, reforzó de esta manera su poderío y le permitió mantener su influencia y autoridad en la región. No obstante esto, Ibrāhīm volvió a escribir al Emir rogándole le restituyese su hijo y prometiéndole en cambio y para siempre lealtad y obediencia. La insistencia de Ibrāhīm tuvo éxito y su hijo le fué restituido por orden del Emir, quien le renovó su confianza al confirmarlo en el cargo de gobernador de la provincia de Sevilla. Cumplió Ibrāhīm su palabra y reanudó sus relaciones con el gobierno, a cuya sede central empezó a enviar los tributos y los regalos. Se apartó por completo de Ben Ḥafsūn y murió en la obediencia.

Otro de los cronistas dijo, refiriéndose a la batalla de Sevilla :

La trágica batalla de la capital de Sevilla acaeció el día martes, ocho de Ŷumādā Primero, año 276, el mismo día de la llegada de los generales Ŷa'far b. 'Abd. Al-Gāfir y Aṣbag b. 'Isā b. Futays. El miércoles subsiguiente se libró el combate en que murieron muchos millares, sin contar los que perecieron ahogados en el río, al pretender vadear su cauce y salvarse de la matanza. Los sevillanos habían rodeado el palacio del príncipe Muḥammad, hijo del Emir 'Abd Allāh, y se hallaban a punto de tomarlo por asalto, cuando llegó el ejército, ante cuya aparición huyeron. En su fuga las espadas del ejército monárquico hicieron estragos en los desbandados sevillanos. Esta catástrofe no tuvo otra igual sino la de Córdoba.

Volvió el príncipe Muḥammad con los dos generales a Córdoba después de los trágicos sucesos de Sevilla, dejando a Umayya b. 'Abd Al Gāfir, hermano de Ŷa'ad, en el cargo de gobernador de la provincia. Por su parte el Emir 'Abd Allāh prometió a los sevillanos una amnistía general, dándoles, además, seguridad para su hacienda y los productos de sus cosechas a fin que pudieran vivir en paz y sosiego. Pese a ello, los sevillanos no pudieron vivir en paz ni permanecer leales al Emir 'Abd Allāh.

En esta situación, Ben Ḥafsūn, ni lerdo ni dormido, y aprovechando su condición de súbdito en la obediencia, escribió al Emir solicitándole la caidía (dirección del ejército) para Muḥammad b. Gālib, de los muladíes, cliente y camarada del otro a quien Ŷa'ad había dado muerte por los motivos ya referidos. Con este pedido Ben Ḥafsūn quería desplazar al visir, el general Ŷa'far b. 'Abd Al-Gāfir. Ben Gālib era el guerrero más valiente entre los muladíes ; había corrido siempre en ayuda de Ben

Ḥafṣūn, a cuya causa y amistad se manifestaba siempre leal. Por tal motivo, el general andaluz, en reconocimiento de estos servicios, quiso vengar la muerte del amigo de Gālib.

Al llegar la noticia a oídos de Ŷa'ad b. 'Abd Al-Gāfir se espantó, pues sabía lo que valía un pedido del poderoso Ben Ḥafṣūn. Sin demora salió de Córdoba acompañado de sus hermanos Ḥašim y 'Abd Al-Gāfir y otros clientes y amigos, entre los cuales figuraban Abbān b. Ḥamza al-Qurašī y su hermano, que querían entrar en el servicio de Umayya b. 'Abd Al-Gāfir, gobernador de Sevilla y hermano de Ŷa'ad.

Tomando todas sus precauciones, depositó Ŷa'ad su dinero y joyas en lugares seguros. Ocultó a sus mujeres y demás deudos y, al promediar la noche, salió en compañía de sus amigos. Al despuntar la aurora arribaron al Castillo de Santa Villa, de propiedad de Ben Al-Lāyṭ Al-'Arīf. Al solicitar hospedaje, éste los recibió con marcada deferencia. Coincidió que en la casa del bereber Tamaška, que residía cerca del lugar, se hallaban los hermanos de Ben Gālib, que fué sacrificado a manos de Ŷa'ad. Al enterarse de que este enemigo se encontraba cerca, pidieron la ayuda del bereber, que en el acto reunió su gente y salió en su busca, en compañía de los Galib. Ŷa'ad fué atacado por sorpresa y, en la primera carga, fué despojado de sus caballos y de los de sus amigos. A pie, y en desventaja con el enemigo, no perdió Ŷa'ad su presencia de ánimo, y siguió defendiéndose valerosamente, hasta que sucumbió — con sus dos hermanos — vencido por el número excesivo de sus atacantes, no sin antes ordenar a los que le acompañaban que se retiraran de la refriega y se pusieran a salvo. En cuanto a Abbān b. Ḥamza al-Qurašī, se entregó cuando vió caer muerto a un hermano suyo.

Cuando las noticias llegaron a oídos de Umayya b. Al-Gāfir, que aún se hallaba en Sevilla, lloró la muerte de sus dos hermanos y reaccionó enconadamente contra los muladíes. Convocó a los árabes de Sevilla y de Carmona y les ordenó el exterminio de estos elementos que residían en Sevilla. La espada hizo su agosto en las nuca y cabezas de los muladíes que vivían dentro de la ciudad y lugares circunvecinos. De esta matanza tampoco se libraron los cristianos adictos a ellos. Sevilla ofrecía espectáculos horribles de muerte y de saqueo por doquier. Con esta catástrofe se exterminó la organización muladí en Sevilla, a excepción de una insignificante minoría. Desde ese día se dió por tierra con el poder de los muladíes y de los renegados.

Mas al poco tiempo una nueva sublevación estalló en contra de Umayya 'Abd Al-Gāfir, a quien se puso cerco en el palacio de Sevilla, estrechándole el reducto y dejándole sin alimentos. En tal estado de desesperación

mató a sus mujeres y degolló sus caballos, y salió luego solo a pelear a sus enemigos cual un león dentro de su guarida. Un ladrillo le dió en la cabeza, derribándolo mortalmente herido, y le degollaron. Con su muerte desapareció el poder monárquico de Sevilla, cuyo gobierno pasó a manos de los Ḥayyāy y de los Banū Jaldūn, que lo repartieron entre los clanes; aunque, no obstante la aparente armonía que se veía entre los amos de la ciudad una rivalidad sorda minaba a ambos poderes. No tardó pues Ibrāhīm b. Ḥayyāy en traicionar a los Jaldūn matándolos, y llegando en su proyecto temerario más allá de esto, pues persiguió y confinó a sus propios hermanos y primos, quedándose solo, dueño omnímodo de Sevilla. Es verdad que, durante el gobierno de Ibrāhīm 286-298 Sevilla gustó de la paz y del progreso. Hemos cronicado esto para el mejor ordenamiento de los sucesos. Su recopilación la consideramos de mucho provecho para la Historia.

La catástrofe de Sevilla y el exterminio de los muladíes y de sus aliados se parecía en todo a la de Elvira, cuando los árabes con su jefe Sawar a la cabeza hicieron idéntica matanza de muladíes y cristianos. Y esto tenía que suceder, porque parecía que así estaba escrito.

Mas la matanza de Sevilla fue mayor, pues sus muladíes eran más numerosos, más ricos y fuertes y mejor organizados. Tenían doce jefes, y cada uno tenía su consejo áulico y su máquina de guerra, y una tribu a la cual recurría en horas extremas. La desgracia echó por tierra su poderío y causó su exterminio, cuando quisieron vengar la muerte de su cliente Muḥammad b. Gālib de Carmona. Esta batalla fué celebrada por 'Abd Allāh, poeta árabe de los Mawāzina (Mawāzinah), que describió con versos mordaces la trágica derrota de los muladíes:

Con nuestras espadas hemos exterminado
a los hijos de los esclavos,
dejándolos tendidos,
mordiéndolo el polvo de la derrota.
Hemos dado muerte a veinte mil,
sin contar los que naufragaron
y murieron ahogados
en un río de henchidas olas.
Eran perros que se atrevieron
a atacar a leones en su guarida.

LA REBELIÓN DE LOS TAÏBĪES EN ZARAGOZA

Dijo ʿĪsā b. Aḥmad : En ese año Zaragoza y sus pueblos vecinos que limitaban con la Frontera Alta, se alzaron en armas contra el Emir ʿAbd Allāh, pasando a la desobediencia. En esa misma fecha se rebeló Abū Yaḥyā Muḥammad b. ʿAbd Al-Raḥmān b. ʿAbd Al-ʿAzīz Al-Taÿībī, conocido por Al Anqar. En su alzamiento dió muerte a Aḥmad b. Al Barā' b. Mālik Al Qūraṣī Al Marwānī, de los Banū Al ʿAbbās, y que, a la sazón, era gobernador del Emir ʿAbd Allāh en Zaragoza. El día miércoles, faltando doce días del mes de Ramadán, se apoderó de la ciudad y en ese día logró dar muerte a Aḥmad b. Al Barā'. Dícese que su muerte se produjo a manos de unos sirvientes suyos que, inducidos por Abū Yaḥyā, atacaron a Ben Al Barā', dándole muerte el día antes indicado. Acto seguido escribió al Emir ʿAbd Allāh, diciéndole que, habiendo Ben Al Barā' intentando sublevarse y, con él, arrastrar a toda la provincia contra la autoridad del Emir, él — Abū Yaḥyā — le castigó con la muerte, con lo cual Zaragoza quedó en paz; y que, tanto él cuanto sus clientes, eran leales servidores del Emir. Éste aparentó creerle y le confirió el cargo de gobernador. Desde entonces Abū Yaḥyā se hizo fuerte y el amo de Zaragoza.

Y dijo Abū Bakr b. Al-Qūtīya : Era el Emir Al Mundir b. Muḥammad quien había dado el cargo de gobernador de Zaragoza a Aḥmad b. Al Barā' b. Mālik Al Quraṣī, con todos sus límites, dándole libertad para atacar a los Banū Qāsi, que vivían en la Alta Frontera. Cuando el Emir ʿAbd Allāh hubo llegado al poder confirmó el cargo a Ben Al Barā' dándole con esta confirmación mayor poder y autoridad. Aumentó el número de sus soldados y empezó a dirigir con mano firme el timón de su Estado.

Era Al Barā' b. Mālik, padre de Ben Al Barā', ministro de la Corte, y vivía en Córdoba. Tenía un defecto: hablaba con exceso. Un día llegó a oídos del Emir que Al Barā' había dicho en presencia de sus amigos, los ministros, y dentro del palacio, cosas que le causaron disgusto, cayendo en desgracia él y su hijo, a quien también alcanzó la acusación. En ese entonces era Abū Yaḥyā Muḥammad b. ʿAbd Al Raḥmān Al Taÿībī, abuelo de los Taÿībī, quien gobernaban la frontera; un hombre leal a la causa del Emir y en constante contacto con su Corte. Había conocido al monarca cuando era joven y en época de su padre, el Emir Muḥammad. En su región gozaba de grandes consideraciones y era respetado y temido. Un día le escribió el Emir secretamente, ordenándole dar muerte

a Aḥmad b. Al Barā' y prometiéndole el cargo de gobernador. En el mismo correo le enviaba el nombramiento con la cédula real, confiándole la representación oficial en Zaragoza. Abu Yaḥyā mostró la carta a su padre 'Abd Al Raḥmān b. 'Abd Al 'Azīz, y le propuso asociarse con él en la empresa. Padre e hijo tendieron un lazo a Ben Al Barā', quien murió a manos de sus propios sirvientes, sobornados por aquéllos.

Muerto Ben Al-Barā', tomó Abu Yaḥyā posesión del emirato de Zaragoza. Al llegar la noticia al Emir 'Abd Allāh, destituyó a Al Barā' de su visirato y le confinó de Córdoba, confirmando a Muḥammad b. 'Abd Al-Raḥman en el cargo. Esta nueva posición provocó la envidia de Muḥammad b. Lope Al-Qaswī, que vivía en la Alta Frontera. Le declaró la guerra y desde entonces, y durante dieciocho años, consecutivos, le atacó sistemáticamente y sin tregua. Las expediciones y *gazuas* de Ben Lope tenían exasperados a los habitantes de Zaragoza, hasta que fué muerto a las puertas de la ciudad, en circunstancia que venía a ella por asunto particular. Ben Lope se hallaba descansando a la sombra de un árbol, en un jardín. Avistóle un guardián que acertó a pasar por el lugar y, sin dejarse ver, espetó a Ben Lope una lanzada que le dejó sin vida. Cuando acudieron sus amigos al lugar y le encontraron muerto, cargaron con él y le llevaron a su pueblo. La muerte de Ben Lope fué un respiro para el clan de los Taḥīb, y un golpe fatal para los Qaswī, que desde entonces no levantaron cabeza.

La sucesión en el gobierno de Zaragoza se legó a los Taḥīb, sostenidos por el gobierno de Córdoba. En ese entonces llegó al jalfato Al Nāṣir Lidinallāh, 'Abd Al Raḥmān b. Muḥammad, sucediendo a su abuelo 'Abd Allāh. La suerte, que le acompañaba por doquier, allanó en su camino todos los escollos. Logró vencer a todos los disidentes, sacando a los revoltosos de sus castillos y llevándolos a su capital. Arregló inteligentemente las diferencias entre clanes. A los Qaswī, que se habían respaldado con aliados cristianos de Pamplona, los condujo a Córdoba el año 312, y les hizo entrar en su ejército. Unió la Alta Frontera, y entregó su gobierno a Abū Yaḥyā Muḥammad b. 'Abd Al Raḥmān, y después de él a sus herederos. En cuanto a 'Isa b. Aḥmad, éste nos dice que en ese mismo año cayó enfermo de una parálisis Ismā'īl b. Mūsā al Qaswī, señor de Lérida, y que vivía en la Alta Frontera y entregó la dirección de su gobierno a sus dos hijos Mūsā y Muṭarrif. Y sucedió después que los dos hermanos salieron en una expedición en dirección a Barbatānya, y que al llegar a un lugar del camino fueron asaltados, en una emboscada, por Ben Šabrīt, conocido por Al Tawīl (el largo), amo de la ciudad de Aṣqa. Durante la batalla, que fué muy sangrienta, y al ver los

hijos de Ismael que más de trescientos soldados suyos yacían tendidos en tierra, se dieron a la fuga ; mas la caballería enemiga les dió alcance, cayendo muerto Mūsā y prisionero Mutārrif. Lérida fué luego conquistada por Al Ṭawīl. Lo mismo Barbatānya. El viejo y paralítico Ismael murió a consecuencia de su tremenda desgracia. Poco después surgió una disputa entre Al Ṭawīl y Muḥammad b. Lope sobre el gobierno de una región, hasta que resolvieron recurrir al arbitraje del Emir °Abd Allāh. Le escribieron, y la respuesta vino con la confirmación de Muḥammad b. Lope. Dicho arbitraje tuvo un resultado funesto.

SAWĀR Y LOS HABITANTES DE BAĶĀNA (HOY PECHINA)

°Īsā nos relata que en dicho año Sawār b. Hamdūn Al Muḥāribī, emir de los árabes de Granada, provincia de Elvira, salió en expedición y atacó a los ribereños que habían edificado la ciudad de BaĶāna (Bachana, hoy Pechina), por orden del Emir Al Mūndir y su hermano el Emir °Abd Allāh. Motivó esta expedición el estado floreciente de los ribereños, su progreso, su poder y su ascendiente sobre los pueblos adyacentes, todo lo cual provocó una gran afluencia de gente a su ciudad ; pero, la causa principal fué el desprecio de que hacían objeto a sus vecinos, los árabes Gasanitas, y la gran ventaja que llevaban sobre ellos ; superioridad que, en el ánimo de éstos, muladíes y árabes, causó mucho temor, debido a su número exiguo. Con los árabes adictos de Elvira se dirigió Sawār al castillo de Granada, en espera de una buena oportunidad para expulsar a los ribereños de BaĶāna, y vengar las ofensas que sus clientes gasanitas recibían de ellos.

Los Baḥrī ('ribereños o marinos') tenían un jefe de su misma gente, que representaba al gobierno del Emir °Abd Allāh, y se llamaba °Abd Al Razzāq b. °Īsā, cuyo buen nombre, buena conducta y ordenada administración le habían valido el respeto y la confianza de todos los habitantes de la zona, y principalmente de los viajeros. Era implacable con los malhechores y la gente de mal vivir. Llegó a tanto la seguridad que ofrecía su gobierno, que los pasajeros o transeúntes dejaban sus equipajes, utensilios o cargas en los zocos en la vía pública, sin vigilancia, sin temor de que se perdiera un solo objeto. Esta garantía que daba a todo el mundo fué la razón principal de la afluencia de hombres de todas partes, a su ciudad, a gozar de esa atmósfera de paz y de seguridad. °Abd Al Razzāq, a más de asegurar y cuidar las riberas y los puertos, y defender la hacienda y los medios de vida de sus ciudadanos, fortificaba los

desembarcaderos y ensanchaba los límites de Pechina, a la cual había dotado de muchas fortalezas, albergando a sus deudos en los castillos de Al Asnād y Našāra. Daba protección a todos los que acudían a vivir en su distrito, buscando trabajo y su vecindad. La afluencia de la gente por este motivo era muy grande, circunstancia que provocó la envidia y el celo de los vecinos.

Naturalmente para Sawār era Baġāna (Pechina) una buena presa ; mas, al saber °Abd Al Razzāq de la intención de Sawār y de su pronto arribo, temió ver su obra arrasada por una fuerza facciosa, pues sabía que Sawār no respetaría nada y que Pechina no era plaza fortificada. Recurrió a la prudencia y en el acto convocó a los notables de la ciudad de los Baġrī, que gozaban de su absoluta confianza, y les envió en calidad de emisarios ante los árabes gasanitas, sus vecinos, para pedirles en nombre de la buena vecindad y en honor de la misma, no prestaran oídos ni tuvieran en cuenta la murmuración ni los chismes de la vil canalla, que no tiene ninguna responsabilidad de sus actos y menos de sus palabras ; rogándoles interponer sus buenos oficios ante el caudillo de su clan, en orden a pedirle se abstuviera de cualquier acción bélica en contra de ellos ; que pedían esto invocando el lazo de la sangre y de la vecindad ; que en lo futuro tomarían todas las medidas tendientes a arreglar las desavenencias entre sí, dándole la seguridad de que entre los Baġrī y sus vecinos, los gasanitas, no habría más discordias, y que estos últimos serían respetados y bien tratados, de ese día en adelante.

Los gasanitas ayudaron a los Baġrī en su misión y, después de reunir a sus ancianos, entre quienes se hallaba Sa°id b. Aswad y su hijo Jašġāš, Muġammad b. °Umar b. Aswad, sobrino de Sa°id, que era ciego, y su padre Adham b. Muġallid Al Gassānī y otros más, fueron a ver a Sawār. Así que dieron cuenta a éste del motivo de su misión le rogaron desistir de su empresa y no hacer daño alguno a sus vecinos. Sawār accedió a los ruegos de los ancianos y se retiró de allí. Después de la muerte de este general, le sucedió en el mando Sa°id b. Ŷawdī. En cuanto a los Baġrī, éstos volvieron, a raíz de la muerte de Sawār, a hostilizar y provocar a los gasanitas, que fueron los que los salvaron de las garras del temible caudillo. No pudiendo seguir soportando las ofensas e insultos de sus vecinos, los gasanitas escribieron a Ben Ŷawdī pidiéndole su socorro y su ayuda, explicándole que su situación era insostenible. Ben Ŷawdī tardó en acudir a desagraviar a sus aliados y clientes ; entonces enviaron éstos un emisario para que le describiera mejor la situación e inflamara su ánimo. Esta vez no tardó Ben Ŷawdī en llamar

a sus soldados a las armas y salir en son de guerra hacia Pechina, que a la sazón no estaba aún fortificada ni amurallada. La atacó durante tres días, pero sin resultado, pues los ribereños se defendieron eficazmente. Cuando ambos ejércitos se hallaban trabados en lucha llegó una flota de los francos, compuesta de quince naves, al mando del almirante Šanīr Qūmes (Gómez) Ambūrs, que atracó en el puerto de Almería, bahía de Pechina. En el combate naval muchas naves de los francos y de otros fueron incendiadas y quemadas. En el fragor de la batalla sucumbió en el golfo Jalaf b. Zahri, que era uno de los mejores marinos. Acudieron todos los ribereños del norte a Almería. Los francos, al verlos llegar en tan crecido número, dejaron de combatir y cesaron en sus arremetidas. Encontraron mejor el recurrir a la diplomacia. Propusieron intercambio de prisioneros y el trueque comercial, que fué aceptado por los Bahri. La paz se firmó por mediación de °Abd Al Raḥmān b. Muṭarrif Al-Ḥāyḡ, cuya linda presencia y regia vestidura, atrajeron la atención y simpatía del franco Šanīr, quien, después de imponerle el collar de la paz, firmó el tratado juntamente con °Abd Al Raḥmān y, luego de levar anclas, se dió a la mar.

Libres los Bahri de las naves de los francos, volvieron aceleradamente a donde Ben Ḳawdi, quien, al ver llegar un ejército tan numeroso, creyó en un auxilio y en un gran refuerzo enviado en socorro de sus adversarios, y ordenó entonces, apresuradamente, la retirada. Desde esa fecha los Bahri vivieron en paz en sus costas, fuertes y temidos. Su poder infundía ya temor a los que ambicionaban atacarlos en sus casas y sus aguas.

El aumento de la población de Pechina, su progreso, y el crecido movimiento de la capital causaron mal olor en la ciudad; mas su florecimiento la igualó a los grandes centros de Andalucía. En esa época era dueña y protectora de su zona marítima, poderío que fué tenido en cuenta por sus adversarios, dándole mayor nombradía.

El pertinaz Ben Ḥafṣūn. Su vida, que alternaba entre las Sierras y la Al °Arabīya, hasta su traición y alzamiento

En ese mismo año — escribió °Isā b. Aḥmad — salió el malvado °Umar b. Ḥafṣūn con sus huestes facciosas a hostilizar a los moradores de Isla Verde (hoy Algeciras), a interrumpir la labor de los agricultores. Si era verdad que en este tiempo simulaba estar en la obediencia y enviaba sus presentes al Emir °Abd Allāh, esto no era más que para

encubrir sus intenciones ante la Corte. La obediencia la entendió a su modo, pues no tuvo reparo en atacar a uno de los más adictos y fieles de los clientes del Emir °Abd Allah, que era Abū Harb b. Šākīr de los Bornos, y vivía en su castillo de Al Balāt. Abū Harb se defendió brillantemente y tuvo al agresor en jaque y, cuando estaba a punto de infringirle una derrota, un venablo inesperado vino a herirle mortalmente. Sus soldados abandonaron la batalla y se retiraron a su fortaleza. Ben Ḥafṣūn les estrechó el cerco hasta que los obligó a rendirse, pero mediante un amán; seguridad que los asediados aprovecharon para salir del castillo y refugiarse en distintos lugares.

Seguidamente volvió Ben Ḥafṣūn sus armas contra la ciudad de la Isla Verde (Al ʿYazīra Al Jadra) y la atacó. Esta 'medina' (ciudad) que fue amurallada y fortificada por el Emir Muḥammad se defendió enérgicamente. La gobernaba Ibrahīm b. Jalid, un « ámil » del gobierno. Al no poderla reducir, se retiró Ben Ḥafṣūn a su base militar que era Bobastro. En el camino lo fue a encontrar su émulo, el renegado Rizq b. Mandarīl, que, además de ayudarle en cualquier alteración del orden, le acompañaba en sus expediciones. °Umar le invitó a venir con él a Bobastro y pasar un tiempo en su compañía y recordar sus campañas y gazúas. Aceptó Rizq la invitación y así fué cómo, mientras gozaba de la magnífica hospitalidad de Ben Ḥafṣūn, le tentó su mal instinto de traicionar a éste en su propia casa. Enterado el terrible caudillo de las malas intenciones de su aliado, ordenó se le diera muerte donde lo encontrasen, orden que se cumplió de inmediato. El hijo de Rizq huyó de allí y se refugió en su fortaleza de las sierras de Algeciras Verde, dispuesto a enfrentarse en cualquier momento con Ben Ḥafṣūn; mas éste, sin hacer caso de sus bravatas, le atrajo a su causa con astucia, con el cumplimiento de sus promesas y con los presentes, que halagaron al joven disidente, calmaron sus impulsos e ímpetus y se hizo un amigo leal.

Y en esos mismos tiempos se sublevaron los habitantes de Algeciras contra el Emir °Abd Allāh, expulsando a Ibrahīm b. Jalid, su representante, formando un gobierno propio entre ellos mismos, siguiendo el ejemplo de otros insurrectos. Organizaron la defensa de su Capital y eligieron a un tal Ḥafṣūn, conocido por Al-Baransī, y otro de nombre Mūsā, con el apodo de Al Zayyat. Sus vecinos bereberes, ambicionando un buen contingente que creían sin defensa, los atacaron. Los de Algeciras rechazaron el ataque, pero, como querían vivir en paz, propusieron pagar a sus adversarios tributos, y terminar con la guerra entre vecinos. Los sitiadores aceptaron el pacto y se retiraron.

La situación no paraba empero ahí; la insurrección iba tomando mayor cuerpo en todas partes. Los árabes de Sidona, al grito de «¡a las armas!», se alzaron en contra de la autoridad central, extendiéndose el radio de acción de los facciosos a toda la provincia, que en esos tiempos era el ascua de las rebeliones, adueñándose de todo lo que pertenecía al gobierno y a sus clientes.

En este estado de desorden, Ben Mastana, amigo de Ben Ḥafṣūn, no se mostró contrario al gobierno del Emir °Abd Allāh, y más bien simuló estar en contra de Ben Ḥafṣūn. Celebró alianza con los árabes de Asbatīt (Sabiote²) y de Wasqah (Huéscar o Huesa²), que se hallaban fortificados en Qala°a Yaḥṣib — Alcalá la Real — y pertenecían al clan de Banū Asn.

Éstos, con sus vecinos insurrectos, capitaneados por Ben Mastana, salieron en son de guerra, saqueando a los indefensos súbditos del Emir. La edificación de esas fortalezas que los árabes hicieron en sus regiones no tenían otro fin que el de defenderse de los ataques imprevistos. Su principal baluarte era la ya citada de Qala°a Yaḥṣib (Alcalá la Real). Al verse atacados por todas partes, estos árabes leales imploraron el al auxilio del Emir °Abd Allāh, quien tomó el siguiente partido ante la emergencia: Envió como primer auxilio a Ibrahīm b. Jamīr, que salió capitaneando un ejército del Emir. Seguidamente dio instrucciones a Ben Ḥafṣūn, aliado suyo por ese entonces, de salir al encuentro de Sa°id b. Mastana y sus secuaces árabes, dándole carta blanca para dirigir las operaciones, en compañía de Ibrahīm b. Jamīr. Accedió Ben Ḥafṣūn con prontitud y se reunió con las tropas del gobierno, formándose con ese motivo un ejército muy numeroso. Mas Ben Ḥafṣūn, que no podía ver a Ben Mastana aliado de los árabes, le escribió secretamente diciéndole que contaba con él como fiel campeón de la causa muladí, y le aconsejaba dejar su alianza con los árabes de Banū Jamīr y de otros. La defensa de la causa muladí — le decía — de parte tuya, comprometería mi honor en no dejar que el ejército que yo mando te haga mal alguno. De esto puedes estar seguro.

Ben Mastana acató las instrucciones y órdenes de Ben Ḥafṣūn; éste que tenía ya en sus manos la dirección total del ejército, a su paso por la región de Ben Mastana, no demostraba interés alguno en molestar a los habitantes. Fue más bien un paseo militar. En cuanto a los soldados los trataba como él quería; los arrestaba, les quitaba sus caballos con cualquier pretexto para entregarlos a los muladíes, ejerciendo de este modo un poder ilimitado en el ejército y en la región, eclipsando totalmente al general Ben Jamīr. Y cuando éste le hacía sus objeciones, Ben Ḥafṣūn le contestaba de un modo amable y convincente que disipaba sus

dudas. Y así, la situación fue empeorando, estado que Ben Ḥafṣūn aprovechaba para ir haciendo alianza con los muladíes de su causa, ayudándoles con dinero y equipo de guerra, mientras trataba malamente a los árabes que respondían al Emir.

De paso por la ciudad de Wādī Is̄ — hoy Guadix —, llegó a Granada, nido de los árabes, donde no logró sacar contribuciones ni tributos sino a una minoría, para luego acampar en Elvira. Allí creyó llegado el momento de manifestar abiertamente sus intenciones; se quitó la máscara y declaró la guerra al Emir. Previamente había reducido a prisión a Ibrahīm Ben Jamīr, el general omeya del Emir ʿAbd Allāh y a su alta oficialidad, y los condujo a la fortaleza de Baena. Atacó a ésta y entre atacantes y defensores se trabó una cruenta batalla, de la cual Ben Ḥafṣūn salió con la peor parte, pues los cercados lograron rechazarlos y detener sus arremetidas.

Entonces recurrió a su astucia y a su ardid, armas que pocas veces le fallaron. Les prometió mediante solemnes juramentos que, de deponer las armas, jamás les haría daño alguno. Los sitiados creyeron en las palabras de Ben Ḥafṣūn abrieron la puerta de su fortaleza y bajaron a firmar el pacto de paz. Al llegar al campamento del caudillo, éste ordenó el arresto de todos, condenando a muerte a varios de sus oficiales y cabecillas. Se incautó de su hacienda, incorporó sus mujeres a su harem y todo el botín que ganó de esta expedición lo condujo a la fortaleza de Polei de la provincia de Cabra, desde cuyas torres y almenas divisaba la campiña de Córdoba.

Fortificó a Polei hasta volverla inexpugnable. Mas antes había buscado refugio en esta fortaleza el conde Šarband (Servando) Ben Ḥayyāy Al-Gomez que había huído de Córdoba a raíz de desmanes que había cometido. Buscó alianza con el enemigo de Dios Ben Ḥafṣūn y éste lo recibió muy complacido, confiándole más tarde sus escuadrones para que hiciera sus razzias continuas en la campiña cordobesa. De noche salía Servando con la caballería del caudillo andaluz y atacaba al amanecer a la gente que salía a sus labores, saqueando é incendiando. La situación de Córdoba era igual que la de las demás ciudades fronterizas que vivían expuestas a los ataques de los enemigos, pues el pedido de socorro y los gritos de los que despertaban sobresaltados, se repetía todos los días y todas las noches. Entonces mandó el Emir un destacamento de su caballería que hizo frente a Servando y después de una sangrienta batalla cayó muerto este maldito y, juntos a él, muchos de sus clientes. Su cabeza fué traída a Córdoba. Ordenó el Emir la crucifixión de Ḥayyāy, padre de Servando, a quien tenía encarcelado y al lado de él, en alto, colocó la cabeza de su hijo.

Todo esto no hizo más que azuzar al perverso Ben Ḥafsūn a las correrías y expediciones. Todo conato y recurso de reconciliación que el Emir °Abd Allāh intentó hacer con él no dieron resultado. El rebelde proseguía la sangrienta y destructora obra que había tomado a su cargo desde mucho tiempo atrás, y principalmente desde que se apoderó del castillo de Polei y lo volvió inexpugnable. Su proximidad a la capital del califato le permitía estrechar cada día más el asedio, provocando un malestar general y una estrechez entre los habitantes que, no pudiendo soportar más este estado de cosas, hicieron levantar la voz de una protesta pública. Córdoba pasaba por un momento sombrío y de convulsión interna.

Año 277

En este año salió Aḥmad b. Muḥammad b. Abī °Abda en una expedición y atacó la ciudad de Jaén, donde se hallaba el rebelde Jayr b. Šākir. Le sitió en la capital y dio muerte a todos sus colaboradores, enviando sus cabezas a Córdoba e incendiando numerosas casas. Ben Šākir había hostilizado tanto a esta ciudad con sus incesantes ataques, que una vez llegó hasta el puente y lanzó un venablo contra la puerta de Ya°lis. De todos los lugartenientes de Ben Šākir, se salvó únicamente Al-Riyāḥī Al °Arīf entregándose, y cuya vida le fue perdonada, porque era un árabe muy valiente y célebre por su destreza y bizarría y principalmente por su magnanimidad.

Otra expedición invernal contra Jaén la realizó °Abbās b. °Abd Al-°Aziz. En ese entonces pensó Ben Ḥafsūn simular una reconciliación con el Emir, ofreciéndole la cabeza de Jayr b. Šākir — Señor de Jódar —. Concibió su macabro proyecto cuando Jayr le había solicitado un refuerzo para defenderse del ejército del gobierno. Escuadrones de caballería de Ben Ḥafsūn corrieron a socorrer a Jayr, capitaneados por un lugarteniente cruel; el más malvado de los que disponía en su ejército. Se le conocía en español por Ruyūl — Rojillo — en árabe Aḥmar, y llevaba la orden secreta de dar muerte a Jayr. Éste, al enterarse de la llegada de auxilio pedido a Ben Ḥafsūn, se regocijó mucho y salió a su encuentro en compañía de un grupo de amigos.

Ruyūl preparó una emboscada y, luego que dió muerte a Jayr b. Šākir, cortó su cabeza y la envió a Ben Ḥafsūn, quien, a su vez, la hizo llegar al Emir °Abd Allāh. Con este trofeo quiso el caudillo insurrecto hacer creer al gobierno de Córdoba que se hallaba de su parte y que ya habían llegado a un entendimiento. Mientras tanto siguió con sus expe-

diciones, imponiendo a Jaén excesivos tributos. Su rebelión tomó mucho cuerpo el año 277. Desde su Polei, fortaleza que cada día fortificaba más, hacía sus excursiones a los castillos de la provincia de Cabra, a la ciudad de Alīsāna, cuyos habitantes eran judíos, y a otras ciudades y fortalezas de la vecina campiña cordobesa. La situación iba cada día peor, y la gente comenzó a sentirse acosada por la miseria y la escasez de víveres. Tanto Jaén cuanto Elvira permanecieron en ese tiempo sin representante oficial del Emir ʿAbd Allāh, abandonadas a su propia suerte.

Año 278

En este año — dice ʿĪsā b. Aḥmad — el poderío del malvado Ben Ḥafṣūn cobró mucha fuerza e importancia, acudiendo a engrosar sus filas toda clase de renegados y de insurrectos de Al-Ándalus. Esto le dió alas y esperanzas para apoderarse de todo el país. Concebido su proyecto, mostróse resuelto a apoyar la causa de los Abbasidas, y de sostenerla en contra de los Banū Marwān, cuya dinastía gobernaba a la sazón a Andalucía. Unos jefes religiosos de Sevilla y de Jaén dicen que Ben Ḥafṣūn entabló estas negociaciones por medio de Ben Al-Aglab, emir de África, representante de los Abbasidas, comunicándole que estaría de su parte. Para atraer a Ben Al-Aglab, le envió magníficos presentes. Éste los recibió con mucho agrado y aceptó las insinuaciones del jefe insurrecto, correspondiéndole a su vez con otros regalos; pues la propuesta de Ben Ḥafṣūn era tentadora. La respuesta del emir de Ifríqiya es muy conocida. En ella animaba al caudillo andaluz a persistir en su proyecto y le alimentaba de esperanzas.

Desde esa fecha cobró mayor ánimo Ben Ḥafṣūn, y dió más impulso a sus gazúas y correrías. Se aproximó a Córdoba y sobre ella hizo sentir el peso de su mano férrea. Desde Polei, donde estaba fortificado, enviaba sus escuadrones que, a más de maltratar y hostilizar a los súbditos del Emir, provocaba a éste con su reto audaz de levantar sus fortificaciones a un paso de su capital. Y noche tras noche iba desde su fortaleza a atacar la campiña cordobesa. Se aproximaba a la puerta de Córdoba y llegaba hasta la llanura de la aldea Segunda (Šuqunda), frente al alcázar del Califato, a las márgenes del Gran Río (Guadalquivir), causando desmanes y terror entre los pobladores.

Irritado el Emir ʿAbd Allāh por estas vejaciones y tropelías de Ben Ḥafṣūn, resolvió salir en persona con su ejército, a hacer frente a este bandido, contrariando las opiniones de sus ministros, que le aconsejaban

delegara el mando en alguno de sus generales. Sus consejeros querían con esto causar un efecto psicológico en el ánimo de Ben Hafṣūn, y evitar, en caso de descalabro por parte de los incapaces, cosa que comúnmente sucede en los campos de batalla, un descontentamiento general de los realistas, y no cerrar la puerta a una excusa o razón explicable o valedera. Para estos ministros era preferible que diez generales perdieran diez batallas, y no una el Emir.

Todas estas razones nada valían ante la voluntad decidida del Emir °Abd Allāh. Se negó a oír más opiniones y resolvió salir personalmente y habérselas con el perverso, dejando que la provincia hiciera su voluntad. Reunió a sus escuadrones y les mandó levantar sus tiendas en Segunda, a orillas del río de Córdoba. Al enterarse de esto el maldito Ben Hafṣūn, concibió la audacia de salir de noche de Écija, su cuartel general, e ir a incendiarlas, poniendo al Emir en ridículo.

JOSÉ GURÁIEB

(Continuará)